

«gun la doctrina del Señor, no solamente no pecamos al adorar la carne de Jesucristo, sino que incurriríamos en pecado si le negásemos esta adoracion; por cuyo motivo nadie la come sin adorarla «primero.» Paréceme que no hay necesidad de citar otros pasajes para mostrar la fe de los siglos cristianos en orden á la adoracion de Jesucristo en la Eucaristía, pues es constante que siempre se le ha tributado este culto como la rigurosa consecuencia de la fe en la presencia real. Los mismos Calvinistas confiesan que la adoracion es inseparable de la admision del dogma del cual se desprende esencialmente ¹. Oigamos la definicion que ha dado de este culto de latría el concilio de Trento: «Si alguno dice que en el santo sacramento de la Eucaristía no debe ser adorado el Cristo, Hijo único de Dios, con culto de latría, y que no debe ser venerado con una solemnidad particular, ni llevarle con pompa en las procesiones, según el rito y la costumbre laudable y universal de la santa Iglesia, y que no debe ser expuesto públicamente para que el pueblo le adore, y que sus adoradores son idólatras, sea excomulgado ².»

Despues de estas consideraciones no concebiréis á buen seguro que los Protestantes nos imputen el crimen de idolatría, porque tributamos á Jesucristo en el santísimo Sacramento el culto de adoracion que se debe al verdadero Dios; pues en la Eucaristía, léjos de adorar el pan, confesamos que no le hay. Por lo que hace á las sagradas especies, nos limitamos á honrarlas, porque contienen á Jesucristo; mas si se quiere saber á quién se dirige nuestro culto de latría, con harta claridad lo explica el concilio de Trento: «No puede dudarse que los fieles del Cristo, segun la costumbre recibida constantemente en la Iglesia católica, tributan con veneracion á este santísimo Sacramento el culto de latría que se debe al verdadero Dios, pues «creemos presente en la Eucaristía al mismo Dios, de quien ha dicho el eterno Padre al introducirle en el mundo: *Que le adoren todos los Angeles de Dios*, el que adoraron los Magos prosternados, «y que, segun la Escritura, fue adorado por los Apóstoles en Galilea.» Los Protestantes, que niegan la presencia real, podrian cuan-

¹ Ses. 13. — ² Ibid.

creemos presente en realidad. No podemos, sin embargo, aceptar la imputacion de *error*, que con la audacia de un apóstata nos echa en cara el desgraciadamente célebre Marco Antonio de Dominis. La Iglesia santa é infalible excomulga al que niegue que el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo está contenido verdadera, real y sustancialmente con su alma y su divinidad, y por consiguiente Jesucristo entero, en el sacramento de la santísima Eucaristía, como tambien al que diga que solamente existe como en signo, en figura ó en virtud. «Si alguno dice que Jesucristo, Hijo único de Dios, no «debe ser adorado en el santísimo sacramento de la Eucaristía con «el culto de latría, siquiera exterior, y que sus adoradores son idólatras, sea excomulgado ¹.»

CONFERENCIA LXXII.

REQUISITOS NECESARIOS PARA LA CONSAGRACION DE LA EUCARISTÍA. DISPOSICIONES PARA RECIBIRLA DIGNAMENTE.

EL DR. Los términos en que acabais de exponer las cuestiones relativas á la Eucaristía no dejan duda alguna en la verdad de los dogmas que contienen, de manera que obligan á decir: Sí, así es en realidad; muchas autoridades, tan imponentes como infalibles, imponen el deber de aceptarla. Hay, sin embargo, ciertas dificultades engorrosas cuya solucion deseais saber, y por consiguiente voy á proponerlas, á menos que tengais destinada esta conferencia para otro asunto diferente.

EL TEÓL. Deseo continuar la exposicion de lo que constituye la Eucaristía, y luego podremos examinar todas las dificultades que se os ocurran. Estas palabras de san Mateo: *Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo y partió, y dióselo á sus discipulos diciendo: Tomad y comed; este es mi cuerpo* ², nos manifiestan que Jesucristo, para la consagracion de su cuerpo, empleó pan de trigo, que es el único que se llama absolutamente *pan*. Algunos herejes han querido hacer uso de otras sustancias para consagrarlas en la Eucaristía, pero la Iglesia las ha condenado siempre, declarando que solo debe hacerse uso de pan. Tal es la creencia constante de los orientales y de los latinos; pero, por lo demás, no importa, para la vali-

¹ Ses. 13. — ² Matth. xxvi.

dez del Sacramento, que este pan sea fermentado ó ácimo, es decir, sin levadura, pues los griegos emplean el primero, y los occidentales el segundo, sin que jamás se haya creído que esta diferencia fuese sustancial, ó que alterase la eficacia del Sacramento. Así lo define en su última sesión el concilio de Florencia, declarando que cada uno debe conformarse con la costumbre de su Iglesia.

Sin embargo, el pan ácimo nos parece mas conveniente, porque la levadura suele considerarse como el símbolo de la corrupcion, al paso que el pan ácimo puede indicar la pureza exterior ó la santidad del corazón y del entendimiento en que debemos hallarnos para recibir este augusto Sacramento. Además, parece positivo que el Salvador consagró con pan ácimo, al instituir la Eucaristía despues de la Pascua legal; porque la ley prohibia, bajo pena de muerte, que en aquella circunstancia se emplease y se conservase en casa pan fermentado¹. Así el uso del pan ácimo es mas conforme con la institucion y con el espíritu del Sacramento.

Tambien leemos en los Evangelistas que Jesucristo empleó vino para la consagracion de su sangre: *Y tomando el cáliz dió gracias, y dióselo diciendo: Bebed todos de él; porque esta es mi sangre... y os declaro que ya no beberé mas desde ahora de este fruto de la vid*². Por tanto el cáliz contenia vino, y la Iglesia no ha reconocido nunca que en la Eucaristía pudiese consagrarse otro liquido; y aunque siempre ha reinado la costumbre de mezclar con este vino un poco de agua, porque, como dice el Catecismo del concilio de Trento, la tradicion apostólica y la autoridad de los Concilios nos manifiestan que así lo hizo Nuestro Señor Jesucristo, con arreglo á la práctica de los judíos, no seria un obstáculo la falta de agua para la validez de la consagracion.

«Veamos ahora la propiedad con que los símbolos del pan y del vino indican la naturaleza y los efectos que en la Eucaristía reconocemos. En primer lugar dichos símbolos nos representan á Jesucristo como la vida de nuestras almas, pues él mismo dijo: *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida*. Además, la Iglesia es un solo cuerpo compuesto de muchos miembros cuya union está representada perfectamente por los elementos del pan y del vino; pues como que el vino se hace de muchas uvas y el pan de muchos granos, todos nosotros por numerosos que seamos no formamos mas que un solo cuerpo, estando unidos recíprocamente por los vínculos mas estrechos, cuando hemos

¹ Exod. xi. — ² Matth. xxvi.

«participado de este divino misterio¹.» Tambien hemos de reconocer en estos elementos el signo sensible y necesario para los Sacramentos, que indica de una manera admirable el efecto que produce en nuestras almas la sagrada Eucaristía.

En el acto de dar á los Apóstoles su cuerpo y su sangre, el Señor pronunció estas palabras: *Tomad y comed; este es mi cuerpo... bebed todos de él, porque esta es mi sangre*. Bien pudo hacerse presente bajo las santas especies con un solo acto de su voluntad; pero se cree que consagró con las expresiones que acabamos de citar: así el sacerdote no puede consagrar la Eucaristía de una manera mental ó interior, sino que debe pronunciar estas palabras sacramentales ú otras semejantes que signifiquen lo mismo. Segun el decreto dirigido á los armenios, la forma de este Sacramento consiste en las palabras empleadas por el divino Salvador, y el Catecismo del Concilio nos dice: «La Iglesia católica ha seguido constantemente la forma de que hizo uso el mismo Jesucristo para la consagracion de su cuerpo y de su sangre... Estas expresiones de Nuestro Señor: *Haced esto en memoria mia*, demuestran claramente la verdad de que tratamos, pues esta orden que dió á sus Apóstoles no solo se refiere á lo que habia hecho, sino tambien á lo que habia dicho, particularmente á las palabras que habia pronunciado para producir y significar el efecto del Sacramento.»

El poder de consagrar la Eucaristía no pertenece mas que á los Obispos y á los presbíteros; porque las palabras de Jesucristo, *Haced esto en memoria mia*, solo se dirigian á los Apóstoles y á sus sucesores en el orden sacerdotal. Tambien leemos: *Todo Pontífice entresacado de los hombres, es puesto para beneficio de los hombres en lo que mira al culto de Dios, á fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados... ni nadie se apropia esta dignidad, si no es llamado de Dios como Aaron*²; y por esto no se ha reconocido nunca el poder de la consagracion en los legos, ni en los ministros inferiores, como tampoco en los diáconos revestidos de un carácter sagrado. Por tanto no se concibe cómo Lutero se atrevió á sostener que todos los fieles se hallan revestidos de este poder en la recepcion y por la sola virtud del Bautismo; pues aunque muchas veces hubiera habido circunstancias extraordinarias que fuesen ocasion legítima de ejercer este derecho, nunca se ha reconocido en los legos la facultad de consagrar, ni durante las persecuciones, ni en los viajes, ni en las enfermedades, ni en las soledades del desierto donde los

¹ Catec. del Conc. Trid. — ² Hebr. v.

anacoretas quedaban privados por mucho tiempo de la sagrada Eucaristía, por no tener Obispos ni presbíteros que la consagrasen. Muy al contrario, no pocas veces tenían que emprender largos viajes para procurarse la dicha de participar de este Sacramento en las fiestas mas solemnes.

Determinemos cuáles son las personas llamadas á participar de la sagrada Eucaristía y la disposicion en que deben hallarse para este acto. Hasta el siglo XII reinó la costumbre de darla á los párvulos luego despues del Bautismo y de la Confirmación, que es lo que todavía practican los griegos; mas el concilio de Trento señala y aprueba el cambio introducido en la Iglesia latina, ya porque los párvulos no tienen necesidad de la Eucaristía, ya porque esta administracion debia acarrear inconvenientes graves y frecuentes. En la Iglesia occidental no son admitidos á participar de este augusto Sacramento sino los que tienen edad para recibirle con discernimiento. Por lo que hace á las disposiciones, las unas conciernen al alma, las otras al cuerpo, y entre estas últimas está prescrito especialmente el ayuno; pues aunque no puede negarse que los Apóstoles recibieron la Eucaristía despues de comer el cordero pascual y de la cena ordinaria, y aunque en sentir de algunos teólogos y comentadores, en la época en que san Pablo escribia su primera carta á los corintios se comulgaba despues de los ágapes ó comidas de caridad; la costumbre de recibir este Sacramento en ayunas asciende, segun muchos, á los tiempos apostólicos¹. «El Espíritu Santo, nos dice san Agustín, ha «tenido á bien que en honor de tan grandioso Sacramento el cuerpo «del Señor entrase en la boca del cristiano antes que otro manjar «cualquiera, y por eso se ha establecido esa costumbre en el uni- «verso entero².» No se impone sin embargo el rigor de este precepto en cuanto al sagrado Viático, puesto que se le administra á los enfermos sin exigir que estén en ayunas³.

¹ Anno 39. — ² Ep. ad Jan.

³ En las otras circunstancias es preciso el ayuno natural y absoluto, es decir, no haber comido nada desde media noche, sin que pueda pretextarse la pequeña cantidad ó la falta de atencion; mas no quebranta el ayuno el que por accidente engulle por la respiracion, ó como dicen los teólogos, *per modum salivæ*, un mosquito, una gota de agua, etc. No hay que inquietarse si lo que se engulle proviene interiormente de la cabeza ó de la boca, porque no por esto se quebranta el ayuno; mas, segun la opinion comun, no está en ayunas el que engulle voluntariamente algun resto de comida que se haya pegado á los dientes. Sin embargo, si este accidente no es voluntario, tampoco hay que preocuparse para prevenirle, ni privarse de la Comunión; porque en sentir de los teó-

Es preciso tener la conciencia pura de todo pecado mortal para recibir dignamente la Eucaristía; y por esto el Apóstol recomienda á los fieles que se examinen y se consulten con cuidado. Muy infeliz es el que se acerca á la sagrada mesa con la conciencia criminal, porque profana el cuerpo y la sangre de Jesucristo: *Cualquiera que comiere este pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor... porque quien le come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenacion*¹. Despues de haber consignado estas palabras del Apóstol, el concilio de Trento añade... «que el que «se reconoce en pecado mortal, aunque crea tener mucha contricion, «no debe acercarse á la sagrada Eucaristía sin haber hecho antes una «confesion sacramental. El que se atreva á enseñar lo contrario, pre- «dicarlo, afirmararlo con obstinacion y sostenerlo en un certámen pú- «blico, sea excomulgado por este sólo hecho².»

El Catecismo del concilio de Trento expresa en estos términos las otras disposiciones principales que se requieren para el sacramento de la Eucaristía. «En primer lugar es preciso distinguir entre la sa- «grada mesa y las mesas profanas, entre el pan celestial y el pan or- «dinario, pues se ha de creer firmemente que la Eucaristía contiene «el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del mismo Dios á quien «adoran los Ángeles en el cielo... Esto es *distinguir* en efecto, como «quiere el Apóstol, *el cuerpo del Señor*; mas es preciso contentarse «con adorar la profundidad de este misterio, sin intentar compren- «derle con investigaciones sobrado curiosas. Hay otra disposicion ab- «solutamente indispensable; tal es la de estar en paz con nuestros her- «manos y amar sinceramente á nuestro prójimo. Por último, debemos «considerar en nosotros mismos cuán indignos somos del beneficio «divino que en la Eucaristía recibimos, repitiendo de corazon estas «palabras del Centurion: *Señor, no soy yo digno de que tú entres en «mi casa.*»

Hay cristianos que se exageran las disposiciones necesarias para recibir la adorable Eucaristía, hasta el punto de imaginarse que es preciso llegar á una santidad perfecta; y desesperando de alcanzarla nunca, ó por lo menos creyendo que todavía no la poseen, se abs-

logos, tambien está en ayunas el que ha comido un cuerpo que por su naturaleza no se altera en el estómago: así esta circunstancia no debe ser obstáculo para recibir la Comunión. Á veces se duda si se ha comido alguna cosa, ó si se ha comido despues de media noche; mas en estas circunstancias difíciles los fieles deben consultar á su pastor, ateniéndose á sus decisiones.

¹ I Cor. xi. — ² Ses. 13.

tienen de acercarse á la sagrada mesa, aun cuando tienen que cumplir con el precepto pascual. Al encarecer con tanto rigor nuestras disposiciones siempre imperfectas sobre la grandeza de este divino Sacramento, dichos cristianos andan muy equivocados; pues en vez de procurar todo el amor y pureza que debiéramos tener para ser dignos de esta union inefable con Dios, es preciso tomar en cuenta la bondad de Jesucristo, que prescindiendo de nuestras numerosas faltas quiere darse á nosotros con su cuerpo, con su sangre, con su alma y con su divinidad, y consiente en velar su alma bajo las especies eucarísticas, cual para manifestarnos su ternura y su compasion al mismo tiempo, para que el esplendor de su grandeza no amedrente nuestra debilidad. Presentémonos, pues, al banquete divino con una confianza filial y respetuosa, pues el que se digna llamarnos á él con tanta bondad, lejos de exigir de nosotros una perfeccion consumada, se contenta con una conciencia purificada por su gracia y con un corazon dominado por su amor.

CONFERENCIA LXXIII.

LOS EFECTOS DE LA EUCARISTÍA.

EL DR. No pocas veces se me habian ocurrido las consideraciones que ayer expusisteis, pues contrayéndome á considerar la grandeza y la santidad de la Eucaristía, no acertaba á concebir que se atreva el hombre á recibirla en una alma tan imperfecta; pero vuestras palabras han destruido mis ilusiones, haciéndome ver que en este augusto Sacramento se manifiesta sobre todo la misericordia infinita del Señor, y que su ternura le induce á darse como manjar celestial á los hijos que le veneran y le temen¹. Desearia que en esta conferencia me diérais á conocer los efectos que produce la Eucaristía en los fieles que la reciben dignamente.

EL TEÓL. En primer lugar aumenta en nosotros la gracia santificante, con los dones y las virtudes que la acompañan; y comunica á nuestras almas un sustento espiritual para mantenernos é infundirnos nuevas fuerzas, de la misma manera que los alimentos materiales conservan y fortifican la vida del cuerpo, segun la doctrina de

¹ «Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, «escam dedit timentibus se.» (Ps. cx).

los Padres de la Iglesia, consignada en estas palabras del Catecismo del Concilio: «La Eucaristía produce para la salvacion y para el bien del alma lo que producen para el cuerpo el pan y el vino, pero de una manera infinitamente mas perfecta, pues lejos de cambiarse el Sacramento en sustancia nuestra, como se cambian el pan y el vino en la sustancia del cuerpo, nosotros nos cambiamos en cierto modo en la naturaleza del Sacramento; de donde resulta que por una union íntima y misteriosa Jesucristo queda en nosotros, y nosotros quedamos en él. Asi lo dijo él mismo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mi mora, y yo en él.* El que participa de la Eucaristía con fe y piedad, recibiendo en sí al Hijo de Dios, se halla «unido á su cuerpo como un miembro vivo.» Por lo que á nosotros hace, estamos ciertos de participar algun dia de la gloriosa resurreccion cuyo germen deposita en nuestras almas su sagrada carne; de suerte que si los hombres no debiesen resucitar en virtud de una ley general, la palabra del Salvador aseguraria esta gloria á los que se hubiesen sustentado con su cuerpo y con su sangre: *Quien come mi carne y bebe mi sangre... yo le resucitaré en el último dia.* Este manjar celestial nos hace vivir de su vida en el tiempo y en la eternidad: *Quien me come, tambien él vivirá por mí... y vivirá eternamente*¹.

«La Eucaristía nos libra tambien de las faltas leves, dice el concilio de Trento, y nos preserva de los pecados mortales por el aumento de caridad que produce en nuestras almas.» Santo Tomás nos manifiesta que la Eucaristía disminuye la concupiscencia, fortificando al hombre contra su corrupcion y los ataques exteriores²; y estos últimos efectos nos dan á entender que la sagrada Eucaristía no solamente es una honra y una gloria para nuestra alma, sino tambien un remedio eficaz en sus cuitas y dolencias.

Preguntaréis acaso si debemos abstenernos del pan eucarístico para siempre cuando caemos de nuevo en pecados mortales; despues de haberle comido. A esto responde la Iglesia católica, que con ser tan fecundo en gracias para nuestra alma, este Sacramento no hace impecable al hombre; y por esto si tenemos la desgracia de caer en algun pecado despues de haber participado de la sagrada mesa, debemos humillarnos por este mismo pecado é ingratitud reconciliándonos desde luego con Dios á fuerza de dolor y de sentimiento. En seguida con el corazon penetrado de reconocimiento, de humildad y de amor irémos á cimentar nuestra nueva alianza en la sangre del Cordero; y este divino Salvador, llevado de su mucha bondad y mi-

¹ Joann. vi. — ² Q. 79, 6.

sericordia, se dignará admitirnos otra vez á su sagrado banquete, bien como el padre del pródigo tiende sus brazos y hace preparar el convite á los hijos extraviados y culpables que se han restituido á su ternura con un arrepentimiento sincero.

No es, pues, maravilla que incurran á veces en faltas graves los que han participado de la sagrada mesa; pues si algo prueba esta circunstancia es que no han sacado bastante provecho de un remedio poderoso, que han continuado siendo hombres despues de haberle recibido, y que han sucumbido á una culpable imprudencia, ó que se han dejado vencer por la fuerza de la tentacion. Para justipreciar los efectos eucarísticos no hemos de contraernos á contar las tristes caídas de los que comulgan, sino que tambien hemos de señalar las brillantes victorias que proporciona la gracia de este Sacramento, y las heroicas virtudes que da fuerza para practicar. Los Padres de la Iglesia le aplican con mucha frecuencia estas palabras del profeta Zacarías que de una manera tan admirable se han realizado: *¿Cuál será el bien venido de él y lo hermoso que de él nos vendrá, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra virgenes* ¹?

Quiero tambien indicaros los saludables efectos que produce la Eucaristía en la sociedad. Primeramente graba en el alma de los jóvenes, en la época de la primera comunión, unas impresiones profundas que jamás se borran enteramente de su inteligencia ni de su corazon; y ¿quién puede determinar los rápidos progresos que hicieran en la senda del mal unos niños pervertidos con sobrada frecuencia por los malos ejemplos, si no se hubiesen visto obligados á combatir estos hábitos nacientes, á menguarlos y destruirlos para hacerse dignos de recibir á su Dios por la vez primera? Estos jóvenes cristianos, mientras frecuentan fielmente este adorable Sacramento, se conservan en la obediencia, en la castidad, en el amor al trabajo, en la piedad y en la felicidad.

Ved sino los muchos cristianos que cumplen con una admirable constancia las difíciles obligaciones de su estado: la pobre viuda que tiene á su cargo una familia numerosa se somete á la voluntad divina como un enfermo resignado, viviendo felices uno y otro á través de sus penas; y ¿de dónde sacan esta fuerza de la perseverancia en el bien, esta paciencia en la adversidad, esta serenidad y esta dulce alegría en las tribulaciones de la vida? Cási siempre de la frecuente recepcion de la sagrada Eucaristía, no hay que dudarlo. En efecto ¿hay una doctrina ó una exhortacion á la paciencia y al cum-

¹ Zach. ix.

plimiento de todos los deberes que puedan compararse con la impresion viva y profunda que debe producir este Sacramento en las inteligencias y corazones bien dispuestos? Unido como estoy, y debiendo unirme de nuevo á mi Dios, dice para sí el generoso cristiano; cumpliré mis promesas, le seré fiel, y con el auxilio de la gracia satisfaré un compromiso tan solemne, sagrado y eterno, á pesar de todos los obstáculos y á costa de cualquier sacrificio. Los que han recibido al divino Redentor, que santificó la pobreza, las penas, los dolores y el desprecio, sometiéndose á ellos por amor nuestro, encuentran desde entonces tolerables, á veces dulces, y siempre preciosas estas aflicciones.

Quando la tentacion aparece violenta y terrible, asoma tambien en toda su fuerza el recuerdo del Sacramento eucarístico; porque no queriendo profanar un corazon que ha llegado á ser el santuario de Dios vivo, el cristiano se halla dispuesto á todos los sacrificios para permanecer fiel á la santa amistad que en tan augusto Sacramento ha contraído con Jesucristo. Observais á veces, en los jóvenes y en otras personas de todas edades unas mudanzas súbitas y extraordinarias que no pueden menos de excitar vuestra sorpresa; mas ¿qué puede haberles sucedido? ¿qué es lo que pasa en su alma? ¿qué es lo que se proponen? ¿cuál es la idea que los atormenta, y cuál es el objeto que quieren alcanzar? ¿A qué puede atribuirse la regularidad de sus costumbres, su decoro y el conjunto de virtudes que forma tan sensible contraste con una vida todavía reciente? Para explicar esta mudanza basta con saber que han participado de la sagrada mesa, ó que se están preparando para la divina Eucaristía, en la cual deben recibir al Dios de pureza, de justicia, de santidad y de amor. Así es que la reconciliacion y la caridad suceden al odio, se reparan las injusticias, se rompen los vínculos culpables, se examinan y se comprenden con mas acierto todos los deberes, y se los considera sagrados y suaves, como un yugo divino muy llevadero.

La primera comunión, que tan saludable es á los niños, suele ejercer igualmente un efecto moral en el ánimo de los padres. En efecto, estos proceden con mas tiento, y procuran secundar con mejores ejemplos los esfuerzos del hijo ó de la hija que se están disponiendo para recibir la sagrada Eucaristía. El dia de la solemnidad es una fiesta de familia, que excita recuerdos cristianos y deja suaves impresiones de virtud y de piedad en todos los ánimos.

Bastaria con la fe en la presencia real para inspirar á las poblaciones un santo y vivo deseo de concurrir con frecuencia á los sagrados

templos en donde habita el Salvador, y para imponerles el sentimiento de la veneracion mas profunda. ¡Qué diferencia tan notable entre un templo calvinista y nuestras iglesias católicas! En el primero no hay verdadero altar ni sacrificio alguno; no alterna Jesucristo con aquella reunion de hombres y de mujeres que le han excluido, desechando el dogma de la Eucaristía; apagado se halla en sus corazones el fuego de la divina caridad, y el culto no es otra cosa que un simulacro árido, frio, seco, estéril, sin movimiento y sin vida, al paso que en nuestras santas reuniones todo respira animacion y vida, la oracion es ferviente, el espíritu se recoge en la adoracion, los corazones se conmueven y se abrasan de amor al divino Medianero que reside en el tabernáculo ó que se inmola en el altar del sacrificio. Aunque se intentara formular una doctrina religiosa ó se excogitara una práctica piadosa que impusiera la veneracion, la confianza, el amor, el reconocimiento hácia Dios, el respeto de sí mismo, la union y la paz con nuestros hermanos, no surtiria los efectos de este admirable Sacramento que resume todos los beneficios de la misericordia y de la bondad del Señor, que inspira á los hombres el culto mas perfecto de adoracion y de amor, y que establece y conserva sobre la tierra la caridad del cielo.

¡Cómo puede expresarse la fuerza y el consuelo que da á nuestros enfermos el santo Viático! Cuando Jesucristo visita á su muy amado discípulo en su afliccion y en su dolor para bendecirle é infundirle paciencia, resignacion, la calma, la paz y una dulce alegría en medio de sus tormentos, ¿quién puede decir lo que está pasando en el alma del fiel en aquel momento solemne en que reconoce que con ser una criatura débil y no pocas veces culpable, es objeto de la misericordia y de la caridad de su divino Redentor? Desde luego le adora con los mas vivos afectos de piedad, de amor y de reconocimiento, y en cuanto se ve unido á Dios por medio de la sagrada Eucaristía, este amigo de Jesucristo se siente fortificado, tranquilo, resignado y feliz en sus tormentos, los ofrece con su vida, como un sacrificio de expiacion, y exhala el último suspiro en la paz del Señor con la firme esperanza de verle y poseerle en breve y para siempre en el cielo!

CONFERENCIA LXXIV.

EL PRECEPTO DE LA EUCHARISTÍA.

EL DR. Los efectos de la Eucaristía son en verdad admirables y nos dan una idea del orden y de la felicidad que reinarian en una sociedad cuyos individuos frecuentasen con buenas disposiciones este augusto Sacramento; pero, ¿hay acaso un precepto para recibir la Eucaristía? Y si le hay, ¿obliga á todos los discípulos de Jesucristo?

EL TEÓL. Existe en efecto un precepto divino sobre la Eucaristía, que está consignado en estas palabras del Salvador: *Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.* La Eucaristía no concierne á los párvulos, aunque se haya conservado muchos siglos en Occidente y se conserve todavía entre los griegos la costumbre de dársela luego despues del Bautismo y de la Confirmacion; pues una vez regenerados, los niños no están expuestos á la condenacion, y si mueren despues del Bautismo, como dice san Agustin, van á gozar de la luz que alumbra á los Santos durante la eternidad. El concilio de Trento los exceptúa tambien del precepto de la Comunion, y excomulga al que diga que necesitan la Eucaristía antes de tener uso de razon. Esta doctrina nos da á entender que las expresiones del Salvador, *Si no comiereis mi carne no tendréis vida en vosotros*, solo se dirigen á los fieles capaces de observar esta recomendacion del Apóstol: *Examínese á sí mismo el hombre, y de esta suerte coma de aquel pan.*

La obligacion de la Eucaristía no debe compararse con la del Bautismo, porque la necesidad del Bautismo tiene un sentido absoluto y universal, pero la primera no se impone sino á los que puedan estimarla y cumplirla. Concíbese muy bien que el Sacramento de la regeneracion sea indispensable á los niños; que nacen con la mancha del pecado original y con la muerte del alma, puesto que infunde la santidad y la justicia; mas el cuerpo de Jesucristo sirve para aumentar la gracia santificante, sin conferir ninguna que sea absolutamente necesaria para la salvacion.

Los adultos deben cumplir este precepto cuando se hallan en peligro de muerte, segun la doctrina y la práctica constante de la Igle-